

que en vez de los soldados sin armas, sin rancho, sin vestido y sin prest, iba á tener oficiales chamarreados de oro y constelados de cruces; pero el señuelo aquel no servía sino para encandilar tontos, puesto que nuestros hombres estaban tres cuartos lo mismo que los liberales.

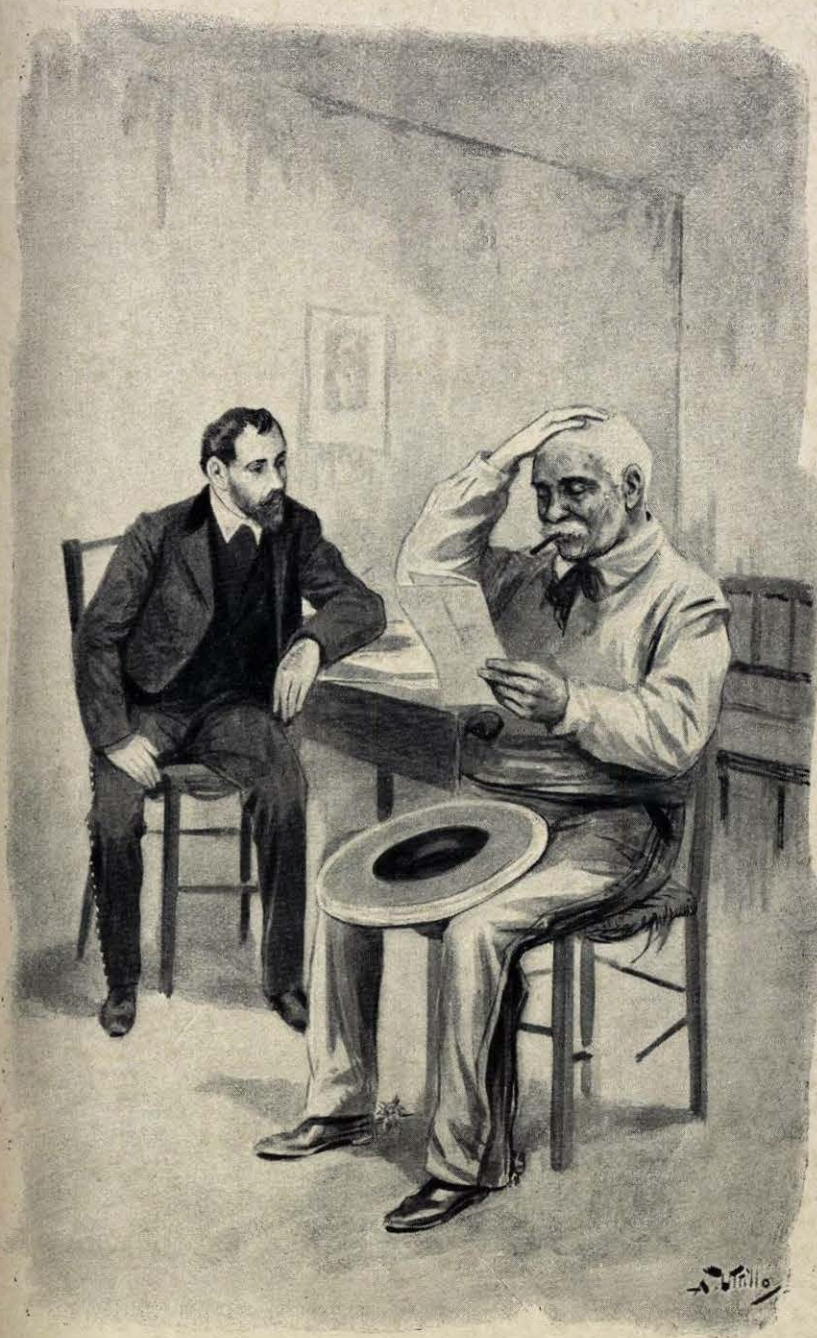
Luego siguió leyendo otras cartas de su amigo Gutiérrez, y una de Miramón que le llenó de placer. Parece que Rocha se hacía el interesante y el Cincinato, y quería, una vez realizado el paso á nuestras filas, retirarse á la vida privada.

El Presidente le animaba haciéndole ver que se necesitaba todavía de su concurso para que el país quedara en paz.

«Usted se ha resuelto, decía el jefe, á servir á su patria, y no extrañe que en nombre de ella le exija que no se separe aún de la cosa pública: día vendrá en que los trabajos unidos de los que procuramos el bien de esta nación, nos proporcionen gozar de las dulzuras del hogar doméstico. Un poco más de constancia, mi amigo, y Dios premiará nuestros buenos deseos.»

Quedó el hachero vacilante largo tiempo, y después de rascarse la cabeza y arrojarme á la ropa el polvillo de rigor, me dijo perplejo:

— Haiga cosa, amigo; ¿qué será que cuando leo estas cartas y oigo á mi paisano el padre Gutiérrez, que pinta tan bonitos los negocios, me decido á echar la maroma y



— En fin, ya dí mi palabra

á dar la gran volteada, y cuando me quedo á solas hay un diablito que me dice acá dentro: «no te pronuncies, no dejes comprometida á tu gente, no seas traidor ni mal hombre»?

— Es, señor General, respondí yo, que tiene usted escrúpulos de los que asaltarían á cualquiera; pero no haga usted caso; si en esto hubieran pensado todos nuestros generales, en primer lugar no serían tales generales, y luego, aun siéndolo, no habrían realizado todo lo que han realizado. Por otra parte, esta gente no le tiene á usted toda la consideración que merece, no le trata como debía.

— Esto sí que no, canastos; me tratan como á su niño chiquito... También saben que me necesitan y por eso...

— Pero señor, si alguien no se resuelve á empezar, será cosa de no acabar nunca. ¿Hemos de vivir destrándonos sin pensar en la patria que agoniza?

— ¡Hum! ¡para lo que ha de agradecer la muy puñalera de la patria! En fin, ya dí mi palabra, y lo hecho, hecho está...

Escribió un papelito y me lo dió juntamente con un abrazo.

— Hasta muy pronto, señor General.

— Hasta dentro de quince días á más tardar.

Y metiéndole talones á mi penco, me alejé del campo liberal.

BIBLIOTECA ALFONSO
DE LA UNIVERSIDAD
U. A. N. H. I.

26 de Diciembre.

Hoy vi llegar á un hombre jadeante, fatigado, lleno de polvo, sobre un caballo trasijado que daba compasión. Ese sujeto era un correo que traía la noticia de la derrota de los chinacos del sur de Jalisco: no quedó de ellos ni quien lo contara, pues unos por un rumbo y otros por otro, han ido á parar quién sabe á dónde. No valieron allí ni las baladronadas de Rojas, ni la táctica de Valle, ni el espíritu militar de Ogazón (á quien llaman general los licenciados y licenciado los generales); todo acabó y probablemente este es el golpe definitivo. ¡Ya era tiempo!

Siento infinito no haber participado de un triunfo tan hermoso, pues en la última combinación se me dispuso quedara de guarnición en Guadalajara; pero en verdad que tampoco puedo crearme extraño á ese golpe, ya que, en gran parte, merced á mis buenos oficios, se realizó el paso ó, hablando claro, la traición de Rocha. Parece que las tropas de nuestro buen amigo se estuvieron quietas y sin disparar un tiro, mientras las otras fracciones de la división liberalesca se hacían cruces sin saber á qué santo encomendarse ni á quién atribuir aquella inacción inexplicable.

27 de Diciembre.

Hoy tuve una noticia que me dejó helado: caminaba frente á la iglesia de la Soledad, cuando ví venir á un eclesiástico vacilante, con la cabeza descubierta, la mirada vaga, el manteo por el suelo y la sotana desabotonada. Se le habría tomado por un ebrio, salvo su estado y el conocimiento que yo tenía de que el padre don Gabino Gutiérrez era incapaz de achisparse. Pasó el padre sin saludarme; pero de seguro recordó que yo podría participar de su pena, y deshaciendo el camino me dijo:

— ¡Jefecito, cosas horribles; nunca ha de acabar esto! Le han muerto, le han hecho pedazos los indios de Pihuamo. Mire lo que me dicen en esta carta: se le encontró con siete heridas de sable y convertido en picadillo á pedradas; no había quien lo reconociera y sólo por un papel mío que estaba tirado en el suelo, sacaron en limpio su nombre y su grado.

¿Y sabe usted qué carta? Aquella que empieza: «Miramón, á pesar de su triunfo del Bajío y de otro mayor aún que ha obtenido en esta ciudad haciéndose obedecer de Márquez, á pesar de esto, repito, está enamorado de ti; tú eres su muchacha bonita, como verás por la que te acompaño, en la que debes entender que no explayo sus sentimientos porque no pareciera lisonja. A más de lo que te dice en la carta, dijo bastantes cosas de ti, que

te ha de ser muy grato saber... ¿Qué irrisión, verdad?

— ¿Pero quién es el difunto, padre Gabino?

— Rocha, hombre, Juan Rocha, el purero, mi paisano.

— ¿Y quién le mataría?

— ¡Vaya usted á saberlo, alma de Dios! Lo mismo pueden haber sido los de acá por no cumplirle sus ofertas...

— ¡Padre, por Dios!...

— Que los de allá por castigarlo de lo que de seguro llaman su traición.

— ¡Qué atrocidad!

— Eso digo yo, ¡qué atrocidad! pero, en fin, ¡cómo ha de ser! el muerto á la sepultura y el vivo á la travesura. Déjeme ir á hablar con Palomar de lo tocante á la recepción del nuevo Macabeo, que mañana sin falta entra á Guadalajara.

— Ya lo sabía...

— Pero lo que no sabía seguramente es que tenemos preparada una sorpresa de lo fino.

— ¿Sorpresa?

— Sí, hombre, una sorpresita que vale la pena. Figúrese usted que los excelsos cacúmenes de Pantaleón Pacheco, Cayetano Orozco y no sé quién más han compuesto una salmodia que es la viva cajeta. Ya verá, ya verá...

29 de Diciembre.

Acaba de pasar la felicitación al señor Miramón, y aunque no sea cosa que debe preocupar á nadie el motivo que me impidió enterarme de lo que se decía, aquí lo apunto para que se vea que no falta, como dicen, un pelo en la comida, ó sea un importuno que eche á perder los actos más hermosos.

El capitán del Hoyo, mi amigo, iba en mi compañía para enseñarme á todas las niñas guapas que llenaban la iglesia — Lunas, Gallardos, Corcueras, Palomares y demás yacimientos de este espléndido panino — y á todos los politicastros de esta ciudad clerical — Orozcos, Ortices, Martínez Negrete, Mancillas, de la Hoz y otros muchos, cuando el órgano atacó una tonadilla eclesiástica.

Al principio se oyó un balbuceo como el de las beatas cuando empiezan á ganguear una oración; luego se escuchó el resoplar de fuelles y el salir de aire confinado, y al fin vino un cántico en latín, con preguntas y respuestas.

Cabalmente entraba por la puerta de enmedio de la Catedral el propio señor Miramón, hecho un calabazate y radiante de gozo.

En ese momento se empinaron sobre las puntas de los pies, para ver pasar al triunfador, todas las niñas de mantilla, todas las mamás de peineta á la María Luisa, todos los señorones de chaqueta y sombrero de copa,

mientras el coro empezaba su gori-gori, que me tradujo el amigo Hoyo, gran latino y estudiante de los mejores.

«Puse mi protección sobre el Poderoso y exalté al elegido de mi pueblo.»

«Encontré á David mi siervo y le ungué con mi óleo santo, porque mi mano le auxiliará.»

«Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo...»

Y el coro repetía:

«Porque mi mano le auxiliará.»

Entre tanto un par de viejas, de cabellos lacios, vestidos color de ala de mosca y de tapalitos de escuadra, habían quedado cerca de mí en el trasiego que se produjo á la entrada del General.

Restablecido el orden, el Preste, con voz de salmodia, dijo con fervor:

«Salva, Señor, á nuestro Presidente.»

Y el coro:

«Que espera en ti, ¡oh, Dios mío!»

Las malditas doñas Siglos siguieron entonces la conversación que de seguro tenían empezada:

— ¡Maldito sea, amén, el Presidente, y en la horca más alta le vea! Cuántas infelices estamos sin maridos, hijos ni deudos por las ambiciones de este malvado!

— ¿Qué me dice, *mialma*? Este condenado acabó con nuestra siembrita en el Tepame, mató todo nuestro ganado y se llevó de leva á toda nuestra peonada.

— ¿Y á mí que me mató á mi marido en Atenquique? Iba el pobre como capitán del don Santos, que Dios confunda, y en la segunda vuelta del caracol dejó la vida.

El Preste rezaba:

«Envíale, Señor, auxilio de lo alto.»

Y el coro:

«Y desde Sion protégelo.

«En nada le ofenderá el enemigo.

«Y el hijo de iniquidad no le dañará.»

— Van los pobres soldados por esos caminos, sin vestidos, sin sueldos, sin comida, al rayo del sol, regando la sangre de sus venas para que este y los demás comediantes se den pisto y se llenen de galones y charreteras.

— No hay ni para pagar la comida de los jefes.

El cántico seguía:

«Haya paz en tu fortaleza.»

«Y abundancia en tus torres.»

Callaron un poco las brujas, y vino luego el *Oremus*.

«Oh, Dios, á quien todo poder y dignidad obsequia rendido, da á este siervo tuyo, Presidente nuestro Miguel, próspero efecto de su dignidad, en la cual siempre te respete y se empeñe siempre en guardarte. Por nuestro Señor Jesucristo, Amén.»

Cuando volví el rostro no estaban ya las mujerucas; pero como si estuvieran, oí una voz que decía:

«Se recibe como representante de Dios á quien viene

cubierto de sangre humana. ¡Qué irrisión! ¡Llamar en-
viado del Altísimo á quien penetra al santuario después
de arruinar familias, de matar hijos y padres, de violar
doncellas y destruir propiedades! Si Dios fuera capaz de
reirse, ¡cómo se reiría al saber que se toma su nombre
para honrar esas espantosas carnicerías!... Y si fuera
capaz de llorar, ¡cuán amargamente lloraría al ver tanta
desolación y tanta ruina ejecutadas bajo su égida!

«¡Qué ruines, qué miserables y qué indignos deben ser
los que titulándose sacerdotes del niño de Belem, del
vidente de la montaña, del crucificado del Calvario, del
Mesías eterno, salvador de las gentes, no tienen reparo
en cubrir con la sombra del Justo sus pasiones bajas, sus
instintos perversos, sus pequeños propósitos y sus grandes
miserias!»

Algo más siguió remugando la voz aquella; pero aun-
que no lo oí bien claro, me impidió escuchar completos
los plácemes del besamano: «que ese día era de gozo para
la patria; que Miramón era un nuevo César, que había
llegado, visto y vencido; que era el hombre señalado por
el dedo de Dios para humillar y confundir á la demagogia,
para conservar la religión de nuestros antepasados y para
defender la independencia...»

Pero el cuchicheo aquel no me dejó oírlo todo.

¡Malditas brujas!

Méjico, 1860.

Varios oficiales amigos y yo, deseosos de distraer un
rato los ocios forzados del cuartel, nos acantonamos en-
frente de la tienda «El Puerto de Liverpool», á averiguar
vidas ajenas, á enterarnos
de lo que nos interesa y de
lo que no nos importa na-
da, y sobre todo á hablar
de política, que es nuestro
manjar favorito.

Todos los tertulianos so-
mos gentes de buen humor,
chicos entre los veinte y
los treinta, ninguno casa-
do aunque algunos unidos
conforme á la ley Juárez, es decir, en plena mancebía.

Sólo se distingue en la compañía un viejo *ya mayor*,
perfectamente rasurado de barba y bigote, con pantalón
de casimir claro, chaqueta azul, mascada amarilla, fieltro
alemán con chapetones de plata y botas charoladas. Era
memorialista, según dicen, y ahora no tiene oficio cono-
cido; yo le tengo por un buen hombre, temeroso de Dios,
cristiano viejo y bien quisto con todo el mundo.

Se llama Francisco González Gordo, y en tiempo de
la maldita chinaca, cuando el buen Comonfort quiso hacer

